

LA LUZ DEL PORVENIR.

Precios de Suscripcion.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos, y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES

Puntos de Suscripcion.

En Lérida, Mayor 81, 2.º En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta.

SUMARIO.—Advertencia.—El alma buena nunca está sola.—A ellos y á ellas.—¡Dios!

ADVERTENCIA

Estando próximo á terminar el año octavo de «La Luz del Porvenir» suplicamos á los suscritores, que tengan la bondad de renovar la suscripcion antes del 10 de Mayo, ó de avisar, los que gusten continuar suscritos, pues no se le mandará el periódico al que no haya renovado la suscripcion, ó dado aviso que quiere continuar recibiendo LA LUZ.

El buen órden de la administracion así lo exige; si nos fuera posible haríamos una gran tirada de LA LUZ y la repartiríamos gratis, pero como casi nunca van unidos la posibilidad y el buen deseo, tenemos que concretarnos ha sostener con los ingresos, los gastos de «La Luz» que son trescientas pesetas mensuales.

EL ALMA BUENA NUNCA ESTÁ SOLA.

¿Qué es la soledad? «la falta de Compañía, la orfandad, el carecer de alguna persona de cariño, ó que pueda tener influjo en el alivio y consuelo de nuestros males.» Bien define la soledad el diccionario de la lengua, pero falta explicar las múltiples fases que la soledad tiene.

La inolvidable escritora Fernan Caballero, ya dijo mucho en pocas palabras, al decir que, hay séres que quitan soledad y no dan compañía.

Nada más cierto; la soledad del alma existe muchas veces, aun cuando esté acompañado el cuerpo, Le oimos decir a un hombre de gran talento, (casado con una mujer vulgar,) que entre su esposa y él, aunque dormian en el mismo lecho, y cinco hijos los enlazaban, habia una distancia tan inmensa, que habia el infinito de por medio.

¡Cuánto nos impresionaron sus palabras, y cuánto las hemos recordado! como las de Roque Bárcia, que al ir por primera vez á la capital de Francia, dice en su viaje á París, que nunca se habia creido más solo que al contemplar la gran ciudad desde el Arco de la Estrella.

Efectivamente, nunca está el hombre mas solo que en medio de la inmensa multitud. ¡Estraño fenómeno! tantos cuerpos reunidos producen el vacío en torno de las almas pensadoras, y al cruzar un valle solitario, al subir á la cumbre de una montaña, si se encuentra un pequeñuelo de alegre semblante que nos mira y se sonríe, senti-

mos un placer inexplicable, entablamos conversacion con el chicuelo, y al separarnos de él, parece que nos separamos de un antiguo amigo.

El aforismo de luz, más luz, produce sombra, se pone en accion en la reunion de muchos individuos: uno solo, á veces ilumina nuestra inteligencia con sus atinadas palabras, y la discusion entre muchos nos suele aturdir llevando la confusion á nuestra mente.

Un hombre solo, consigue á veces hacer una verdadera revolucion moral; el gran afán que hemos tenido en estudiar el espiritismo, es debido en parte al diálogo que sostuvimos con un guarda-bosque.

Fuímos un dia al campo con varias familias, y cuando todos estaban más distraidos, jugando los unos á *la gallina ciega*, los otros á *la candela*, varias parejas bailando al son de un mal organillo, los más reposados arreglando la comida, partiendo leña formando pirámides de hojas secas, y cada cual entregado á su distraccion favorita, nos creimos autorizados para disfrutar de nuestro goce predilecto, que es cuando estamos en el campo, separarnos de la gente que nos acompaña, irnos á un paraje solitario, y desde allí escuchar las alegres carcajadas de los jóvenes, y los gritos atronadores de los niños, que de cerca marean, aturden, y de léjos pierden sus voces la vibracion que lastima, y adquieren dulzura á través de la distancia, pero una dulzura especial.

Nosotros, ávidos de esa *soledad acompañada* emprendimos el primer camino que encontramos, y anduvimos aceleradamente un largo trecho, deteniéndonos en una plazoleta rodeada de árboles centenarios y de toscos asientos de piedra; nos sentamos, prestamos atencion para escuchar los gritos de los niños que llegaban á nuestros oidos tan amortiguados por la distancia, que no nos producian la impresion que deseábamos y resolvimos desandar lo andado y acercarnos más á nuestros compañeros de expedicion; más en lugar de volver por el camino que habíamos recorrido, fuímos impensadamente por otro que nos ajeó más y más de nuestros amigos, y nos encontramos perdidos sin saber á donde dirigirnos.

Como era la hora más alegre del dia, pues serian las doce, no sentimos ningun temor, mucho más cuando vimos á lo léjos una casita más blanca que la nieve que creimos fundadamente seria de algun guarda. Nos apresuramos á llegar á puerto de salvacion, pero un perro enorme nos asustó con sus ladridos y nos detuvimos, hasta que un hombre entrado en años, que salió de la casita, nos dijo alegremente:

—Señora, no tenga miedo; tiene mi perro buen olfato y solo muerde á los ladrones.

—Es que ladra muy fuerte.

—Claro está, como que la dá los buenos dias.

A pesar de todas las razones del guarda, no seguimos adelante hasta que el perro se echó debajo de un árbol que convidaba al reposo por la sombra que proyectaban sus ramas. Entonces avanzamos y preguntamos á nuestro interlocutor si estábamos muy léjos de la Hacienda del Retiro.

—Así, así; pero ya la guiaré por un atajo y pronto estará donde desea. ¿Y cómo ha sido el perderse por estos vericuetos?

—Buscando la soledad.

—La soledad!... buscaba V. lo que nunca se encuentra, señora.

—¿Cómo que nunca se encuentra? pues hace cinco minutos que bien sola me encontraba.

—Al parecer; ¿no sabe V. aquel cantar que dice:

Hay cosas que al parecer
Parecen ser, y no siendo;
Hay cosas que se están viendo
Y no se pueden creer?

—Pero hombre de Dios, no me podrá V. hacer creer que estaba acompañada en esa plazoleta que hay allá arriba; pues por no haber más sér viviente que yo, ni siquiera un pajarillo cantaba en la espesura, ni zumbaba un moscon en mis oídos.

—Pues apesar de todo eso, no estaba V. sola.

—¿Pues quien me acompañaba, mi pensamiento?

—No señora, ese, por sabido se calla; es otro, ú otros á lo que yo me refiero; V. no tiene cara de complacerse en el mal ageno, y el alma buena nunca está sola.

—¡Bellísimo pensamiento!

—No es mio, señora, es de mi maestro que en gloria esté; era un hombre que sabia mucho; tanto sabia que la gente dió en decir que estaba loco; bien es verdad que cincuenta años atrás no se comprendia lo que se comprende hoy; no sé si V. habrá oido hablar del espiritismo.

—Sí, algo conozco de su filosofía.

—Pues mi maestro era espiritista en cuerpo y en alma; él no se daba tal nombre, pero lo era en realidad, y tuvo suerte de pasar por loco, que si lo creen cuerdo lo tuestan en unas parrillas, como asaron á San Lorenzo.

—¿Pues qué decía?

—Que hablaba con los muertos siempre que queria.

—¿Y V. cree que eso puede ser?

—Vaya si lo creo, si hablo yo tambien, y los veo; ahora mismo estoy viendo á varios espíritus que la acompañan.

—¿Á mí?

—Sí, á V.

—¿De veras?

—Y tan de veras... ¿Á V. le gusta hacer bien?

—¡Ya lo creo! ¿quién no se complace en enjugar las lágrimas del infortunado?

—Pues tenga V. presente que cada lagrima que se enjuga nos hace adquirir un amigo.

—Segun y conforme; hay séres, que no *lavan cabeza, que nos les salga tiñosa.*

—Y eso que importa; sino sabe agradecer el que recibe el favor, como no hay ningun hombre que sea hijo de las yerbas, su padre ó su madre lo agradecerán.

—¿Y el que no tiene familia?

—¿Y quién es el hombre que no tiene á alguien que se interese por él?

—El espósito.

Podrá no tener protector visible, pero no le faltará invisible. El último siervo, el mismo verdugo, que es el sér más degradado de la tierra, tiene quien le quiera en el espacio, tiene su guía, su ángel de la guarda, y ese espíritu amigo agradece los favores que dispensan á su protegido; así es, que cada beneficio que hacemos nos reporta su ganancia proporcionada, no á la cantidad que damos sino á la intencion que la acompaña. Hay hombres que dan millones para socorrer una calamidad pública y no tienen de ganancia más que *uno* por *mil*; y hay otros que dan *uno*, y aquel *uno* les da *mil* de beneficio.

—Está V. muy versado en estudios filosóficos.

—Y no lo parece, ¿es verdad? Pues esto la convencerá, que, *debajo de mala capa se encuentra un buen bebedor.*

—V. ha bebido en muy buena fuente.

—He procurado siempre beber en la fuente de la verdad; huérfano desde muy niño, el amo de mi padre me puso á pupilo en casa de mi maestro, y éste me enseñó á ser feliz. Sin salir de un pueblo de cuatro casas, me hizo conocer el mundo; pedí por consejo suyo á mi protector, que me diera el mismo destino que tenia mi padre

de guarda mayor. Cuando tuve edad suficiente me casé, y me establecí en esa casita donde siempre he tratado de hacer el bien posible, para no estar nunca solo. He tenido la fortuna, y la tengo todavía, de ver tan claro á los muertos como veo á los vivos; y si viera V. á cuantos cazadores furtivos les he evitado grandes disgustos, y les he ayudado á llevarles un pedazo de pan á sus hijos; y esos mismos, despues de dejar la tierra, me han rodeado y me han demostrado su gratitud.

—V. que los vé, se convence mejor del agradecimiento de los invisibles; pero los que nada vemos no podemos tener tanta seguridad.

—¿Y la razon de que le sirve á V.? vamos á ver, ¿no le ha sucedido algunas veces, encontrarse en un apuro, y una persona poco menos que desconocida para V. la ha salvado proporcionándole lo más preciso para seguir adelante?

—Más de una vez nos ha acontecido y nos ha llamado la atencion.

—Pues tenga V. entendido que esa es la justa recompensa del bien que ha prodigado V. á otros; no hay grano que no germine en el Universo; el que nos parece que cae sobre piedra, resbala y se va al fondo de los mares: allí germina, allí fructifica, allí se sazona, y desde allí alimenta al necesitado. Yo, que no me tengo por ningun santo, puedo asegurarle que nunca estoy solo; y al parecer mi vida es la de un solitario, pues no tengo más ocupacion que pasear por los bosques y trepar por las montañas donde nadie habita, en la apariencia, pero que en realidad hay leiones de espíritus tomando parte en la vida de la humanidad.

Aquí llegaba el guarda con sus profundos razonamientos, cuando salieron á nuestro encuentro todos los niños que habíamos dejado jugando; entonces, viendo nuestro guia que ya no nos era necesario, nos saludó cortesmente y se fué, dejando en nuestra mente un grato recuerdo, porque los hombres pensadores son como las flores aromáticas, que dejan en pos de sí dulcísima fragancia.

Las palabras del guarda bosque nos impresionaron tan profundamente, que en nuestras pobres condiciones hemos procurado desde entonces hacer todo el bien posible, para atraer en torno nuestro buenas influencias.

«Ya es hora que cultiveis la *viña del Señor*, (nos dice un espíritu) que bastante tiempo habeis perdido entre breñas, zarzales y jarales; ¡anacoretas de la tierra! para vosotros ese planeta es la Tebaida, es el desierto del antiguo Egipto donde haceis penitencia macerando vuestro abatido cuerpo con los azotes y los cilicios de las miserias humanas, mortificando vuestro espíritu con las humillaciones, con los deseos irrealizables, con las locas vanidades; casa de enajenados es la tierra, é incurable la locura de los terrenales si se obstinan en mirar tan solo lo infinitamente pequeño, pudiendo contemplar lo infinitamente grande.»

«¡Pobres locos!... ¡todos os creeis dioses!... y os inmolais en aras de vuestras falsas Divinidades! ¡qué tenaces sois en vuestro sueño! os llaman y no quereis despertar; por eso ha sido necesario que el *pasado* sacudiera el brazo del *presente* y le dijera:

—«Vuelve en tí! ¿no conoces que te vas hundiendo en el oscurantismo, cubriendo con densa bruma el cielo de tu porvenir?»

«Algunos de vosotros se sorprendieron, se restregaron los ojos como hacen los niños despues de un largo sueño, y comenzaron á mirar por el gran telescopio inventado por el Sumo Hacedor, antejo de gran potencia con el cual se alcanza á ver cuanto existe en el universo, que no hay cristales más claros que los que usa la razon.»

«Ya comenzais á ver claro; la luz del alba sonrie para vosotros: pensais en el bien, cimentais en la proteccion mútua la fábrica grandiosa de la civilizacion universal. ¡Lado sea Dios! ¡Los fatigados anacoretas no cruzarán solos los vastos arenales de la tierra! la sed ardiente no les pegará la lengua al paladar! manantiales cristalinos bro-

tarán entre las peñas! árboles gigantes crecerán lozanos, para que á la hora de la siesta descansen á su sombra los buenos trabajadores!»

«¡Trabajad! trabajad con vuestro pensamiento, que el buen deseo atrae fuerzas. No penseis que cuando el cuerpo se niegue á secundar vuestros planes benéficos, estos quedarán sin efecto; mil y mil obreros se apresurarán á cumplir vuestros deseos; un pensamiento generoso llega á Dios con una rapidez inconcebible para vosotros, y forma una atmósfera luminosa que os envuelve como la aureola que intuitivamente poneis á vuestros santos.»

«Luz en las ideas!... ¡luz en la conciencia! luz en torno vuestro! no lo dudeis!

«El pensamiento ocupado en aliviar al que sufre, asociado al dolor ajeno, atrae la compañía de espíritus amantes del progreso. Inspirado estaba en la verdad el maestro que dijo á sus discípulos: *el alma buena nunca está sola.*»

«Huid vosotros de la soledad, ocupaos en mejorar la suerte del que sufre, que por pobre que seais, siempre, tendreis capital suficiente para crearos una fortuna exenta de la rapiña de los malhechores, libre del orin y de la polilla; vuestros bienes no los destruirá ni el desbordamiento de los rios, ni las erupciones de los volcanes; ningun cataclismo os hará perder una parte infinitesimal de vuestros tesoros. Y ya que tantos siglos venís mendigando el sustento del amor, aprovechad los momentos y haceos ricos en bienes espirituales, para engrandecer vuestra vida y elevaros en alas del progreso á mundos mejores donde no hay anacoretas ni proscritos.»

«Grabad en vuestra memoria el aforismo del sábio: *el alma buena nunca está sola.*»

No lo hemos olvidado; creemos firmemente que de nosotros depende la felicidad de nuestro porvenir; por eso, aunque pequeños como la hormiga, como ella trabajamos, como ella hacemos acopio para que un dia, (aun muy lejano) podamos convencernos que no estamos solos.

Dice un antiguo adagio: *llórame solo, y no me llores pobre.* A nosotros no nos asusta la pobreza, lo único que nos causa espanto es la soledad: por eso queremos ser buenos, porque *una alma buena, nunca está sola!*

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

A ELLOS Y Á ELLAS

¡Preciosa niña! ¡Criatura angelical! exclamaban cuantos la veían. Y era verdad: su rostro de nacarada blancura tenia en las mejillas el rosado de la adelfa; sus ojos el azul más puro é ideal, y la roja flor del granado perdía su fuerte color junto á su pequeñita boca; siempre parecía envuelta su linda cabeza en un rayo de sol, su graciosa charla... quizás había sido aprendida en los meliodosos trinos de los pajarillos de su jardín.

Yo me extasiaba mil y mil veces al contemplar á aquel pequeño y delicado sér, y bendecía á mi modo á ese Dios Todo, que comprendo y amo á mi manera.

Las aves, las flores y los niños, son el mayor encanto del Universo: aprisionar á unaavecilla, deshojar una flor y maltratar á una de ésas puras criaturas, me parece que tiene algo de... ¡deicidio!

Sin creer en el cielo se puede creer en los ángeles.

Ni en los preciosos lienzos, ni en las eternas obras tesoros de las artes, se podrá encontrar toda la dulce y conmovedora poesía que tiene la angelical sonrisa de esos séres; en sus caricias hay algo de los besos del sol. Ese lindo y delicado sér,

cuyas huellas borra el ligero cefirillo, resume en sí todas las bellezas de la creación.

Cuántas veces, contemplando los inocentes juegos de aquella niña, he creído ver sonreír á Dios. Entonces oleadas de luz inundaban mi alma y mis pensamientos perdiéndose en la contemplación de todo lo infinito, fundíanse al calor de emanaciones divinas. Cuanto hay de puro en la tierra, en las regiones de impenetrables bellezas, en los espacios de celeste luz, lo veía cernerse sobre aquella rubita y lindísima cabeza.

¿Y per qué no? si el aliento de Dios confunde todo lo bello.

La pequeñita Rosario se acercó un día á mí y dejando la cartilla sobre mi falda, me dijo con su inimitable vocecita:—Tómame la lección. Aparté mis miradas de ella para fijarlas en las hojas del libro, y apenas recorrí dos renglones, cuando sin poderme contener le arrojé al suelo.—¿Por qué lo tiras? dijo la niña con enojo.—Se lo diré á padrino; con él leo muy bien, y corrió al encuentro de un sacerdote. Después oí su voz, gritar las palabras de la cartilla: hélas aquí:

«¿Qué es el niño sino un animal bruto en figura de hombre?»

«Para encontrar la verdad no se necesita hacer excavaciones profundas ni elevarse hasta las nubes; basta escucharlas en su propio interior si el hombre es dócil y de buena fé.»

Era un cura el que daba la lección, era en una escuela católica donde se enseñaban tan preciosas *reglas de moral*. ¡Madres que delirais por vuestros hijos! ¿os agrada que comparen á vuestros bellos ídolos con lo más innoble, vosotras que no encontraríais parangón con ellos en todas las preciosidades de la tierra, que el ave y la flor os parecerán demasiado prosáicos al lado de vuestros hijos!

¡Ah! vosotras más que nadie deberíais de comprender todo lo nocivo de esas escuelas, en que procuran inculcar máximas semejantes; porque el niño que aprende á despreciarse á sí mismo ¿qué apreciará ya en el mundo? Si el sér que tiene nada vale ¿qué es lo que debe á sus padres, á ese mismo Dios que quieren hacerle reverenciar?

Dejar á vuestros pequeños en esas escuelas, es dejarlos en las heladas sombras del panteón. Cuando intentéis hallar en ellos un hombre, una mujer, os encontraréis no más, que con el horrible esqueleto de un desengaño.

En las tinieblas de esos antros no halla nunca paso la luz de la verdad. En vano que queráis hacerle comprender que tienen ojos porque no ven; la negra venda que allí se les pone está muy fuertemente atada y tarde ó nunca cae.

Todos los adelantos de la ciencia, allí nada significan; la divina ley del progreso es la más rebatida; sus reglas son estas: ignorancia, ciega fé en el error.

Y vosotras todas, oh madres, que al darles vuestros primeros besos habréis creído vislumbrar en su aún apagada mirada la misteriosa chispa del génio, que al arrullar sus sueños habréis mil pensado que el pequeño sér que contempláis llegará un día á ser uno de esos hombres á quienes la humanidad queda deudora, porque todas las madres en la diáfana frente del ángel que acarician ven siempre algo de Colón, de Galileo, de Buffon... ¡algo de un Dios!

Vosotras sí, llevaréis á esa escuela un pequeño sér quizá con todos los gérmenes de un asombroso génio; allí, recibirán *un animal bruto en figura de hombre* y os devolverán con el tiempo, por lo menos... una cosa negra, porque hasta la figura de hombre le harán perder bajo el talar é imponente hábito.

¡Escuelas católicas!... la enseñanza que en ellas se recibe es opuesta, en todo á la dulce naturaleza del niño; en ellos los inocentes, todo es luz y perfumes, y en esas escuelas todo es negro, triste y frío como el alma de sus maestros. Sus ar-

gentinas risas no encuentran ecos, siempre ahogadas por groseras palabras de reprensión. ¡pobres niños! á quienes ni aún se les deja la tranquilidad de su inocente sueño.

Un día contemplaba á un chiquitín marchar con un cántaro en la cabeza:—¿Á dónde vas?—Preguntóle otro de su edad.

—A la fuente—contestó el del cántaro dejándole en el suelo.

Se detuvieron, y más de una vez sonreí tristemente á la infantil conversacion.

—Sí, es preciso que reces—le decia uno al otro, sino nunca dormirás bien.

—¿Por qué?—¡Toma! porque los muertos quieren que les recen, y cuando no se hace, vienen del otro mundo á media noche á pedir los Padres nuestros.—¿De veras? ¡ah qué miedo! y el infantil rostro del que esto dijo expresó el más profundo terror.—Si tú no rezas, tu madre te se aparecera todas las noches.—¿De verdad?...—El cura lo dice.—¿Y si se me olvida?—Tambien, porque es pecado.—¡Ah! suspiró horrorizado el pobre huérfano, y tomando su cántaro se alejó sombrío y apesadumbrado. ¡Pobre inocente! No pude menos de exclamar: ¡Malditos los que turban vuestra divina alegría!

¡Escuela católica! Preguntadles á los niños que cómo reprenden allí sus sencillas faltas, y os contestarán siempre que, con los calificativos más groseros!

Los errores más lamentables son la base de toda su educacion. ¡Curas...beatas...! Son dignas de compasion las tiernas criaturas que viven bajo tan odiosa férula.

La preciosa niña que entra en uno de esos colegios, llevando en su inocente y pura alma todas las divinas virtudes de la caridad y el amor al bien, sale de ellos fatalmente metamorfoseada. La indigente, odiando á muerte á la orgullosa capitalista de quien nunca mereció el amigable título de compañera, y que en cambio le ha hecho oír su provocativa risa cuando sacudió el lodo que levantó su carruaje: el desprecio y el ódio es lo que más se fomenta allí. Nunca el elegante traje de la *señorita* tendrá que rozar el humilde de la *miserable*. Para ello están tomadas las necesarias medidas: hay puertas para las ricas; puertas para las pobres; atenciones para las primeras; desprecios para las últimas. ¡Y estas mujeres son casi divinizadas porque reparten su *religiosa enseñanza* entre ricas y pobres!

La enseñanza de hoy día está toda monopolizada por ellas. Los colegios en los que se recibía alguna más provechosa educacion, cierran sus puertas, pues los padres no quieren más directoras para sus hijas que las *santas beatas* ¡Ay! si ellos comprendieran todo el mal que vierten en las juveniles almas...!

¡Religion, religion! A tu sombra vive todo lo malo, porque el negro velo de la hipocresía cúbrelo todo.

Titánicos esfuerzos se necesitan para arrancarlo, pero ya hay muchos jirones hechos en él; tiremos cada cual con nuestras respectivas fuerzas, y rasgado completamente, él caerá.

¡Madre, si quieres á tu hija, á tu hijo, no los llesves á esos colegios! En ellos no se respira más que el helado cierzo que agosta la tierna planta.

No os asustéis del nombre de las escuelas láicas, ellas son las mejores; son el jardín donde las lozanas flores crecen á la luz del sol; besadas por los céfiros; cuidadas con todo el esmero del más perfecto cultivo.

*
**

¡Niña de angelical rostro! algunas leguas me separan de tí hoy, al recordarte me entristezco. Todas las mañanas me despertaba tu pura voz al mezclarse con el dulce piar de la golondrina, y te creía alada como ella. ¡Pero no! ¡nada alado

verás en tí! Cada día serás menos ave, menos flor... ¡Vuelo, perfume, luz... de todo te privarán!

¡Sé la estufa que ha de conservarte!

¡Preciosa niña! Con el tiempo será una hermosa estatua.

¡Ay quisiera equivocarme!!

AMALIA CARVIA.

Cádiz, Enero de 1887.

¡ DIOS !!

Dios!... que de la inmensa altura
de tu sábia omnipotencia
penetras en la conciencia
de la humana criatura.

Tú que al darle la razón
y el vuelo á su pensamiento,
dotaste de sentimiento
las fibras del corazón.

Tú, que adornaste su alma
con esas prendas tan bellas
que puede alcanzar con ellas
mundos de dicha y de calma.

Y como freno al rigor,
Jesús, en tu dulce nombre,
le vino á enseñar al hombre
la caridad y el amor.

Dando al que luce el consuelo
si vence en la humana guerra,
de encontrar desde la tierra
la senda que lleva al cielo.

Tú, que formaste su esencia,
le ves, al mundo mirando,
quizá en negarte empleando
las horas de su existencia.

Y despreciando el ejemplo,
que humilde, Jesús le diera,
el orgullo es su bandera,
y el egoísmo su templo.

Por eso el justo, se asfixia
en este mundo perverso,
que es el escarnio y reverso
de la divina justicia.

¿Por qué si el hombre va en pos
de su dicha y su ventura,
para hallarla no procura
cumplir las leyes de Dios?

Si está á su alcance la escala
de la virtud pura y bella,
¿por qué al ascender por ella
su débil planta resbala?

¡Oh, la fé! soplo divino,
bendito ese dulce nombre
que da fortaleza al hombre
para seguir su camino.

¿Y esa antorcha bienhechora
quiere hallarla el sér humano,
en un Dios cruel y vano
á quien temeroso adora?

Un Dios, que á eterno tormento
condena al malo, en su ira,
y de aquel alma retira
el puro arrepentimiento!

El Dios que la fé derrama
en el que con fé le busca,
no inspira temor que ofusca,
¡inspira amor.... y se le ama!!

Y como el amor redime
hasta al sér más depravado,
hace al fin, de un sér malvado,
ese Dios, un sér sublime.

Fuente de luz y de ciencia,
le ha dado al hombre, al crearle,
para que pueda encontrarle
la luz de la inteligencia.

Donde el misterio no impera,
esta, su poder recobra,
y encuentra á Dios en su obra,
¡la naturaleza entera!!

Esos son sus pátrios lares
dó se adora con pureza
de su poder la grandeza
sin templos, joyas, ni altares.

Dios otro templo no quiere
que el seno del hombre honrado,
y al diamante más preciado
una lágrima prefiere.

Recuerde el alma extraviada
que en la virtud desfallece,
que Dios la dicha le ofrece
al final de la jornada.

A. S.